

“Alucinación”

Cuento de Emilio Cuervo Márquez

Introducción de Mirian Borja Orozco

La obra cuentística de Emilio Cuervo Márquez es mínima, pues se conocen únicamente los siguientes cuentos: “Phrazomela” (1892), “Alucinación” (1897), “La caridad y el tiempo” (1911) y “Mancha de Luz” (1916). La única versión de “Alucinación” es una preciosa edición del autor que se puede consultar en la sección de manuscritos de la Biblioteca Luis Ángel Arango en Bogotá, ya que se trata de un ejemplar restaurado, con dedicatoria manuscrita “a mi antiguo profesor Sr. D. J. Manuel Marroquín” y que se terminó de imprimir el 9 de marzo de 1897 en la tipografía de D. Eugenio Pardo.

En el cuento hispanoamericano del modernismo se reconoce una marcada elaboración del género fantástico. Enrique Anderson Imbert ha llamado la atención sobre la producción, que en esta dirección, comienza con Rubén Darío en la década de 1880. Por su parte, Ana Luisa Durán considera a Manuel Gutiérrez Nájera como el iniciador del cuento fantástico en sus primeros textos, conocidos hacia 1877.

Específicamente para la narrativa colombiana de este período, no se ha realizado aún un estudio que dé cuenta de la presencia de dicho género, mucho menos en un autor como Emilio Cuervo Márquez quien, sin ser desconocido por la historia de la literatura en nuestro país, ha sido sólo parcialmente estudiado por la crítica que no ha profundizado aún en ninguno de las tres formas que presenta su obra escrita: literaria, histórica y filosófica. Por esta razón, la publicación de este relato constituye un primicia documental que pueda motivar una nueva mirada sobre la narrativa de Cuervo Márquez.

I

La vida es el conjunto de las funciones que batallan con la muerte; la muerte es la disolución, es el castigo impuesto por la sabiduría suprema a la soberbia y a la vanidad de los hombres; en ella principia la soberana impotencia de la materia, el reinado destructor de los gusanos, hijos malditos que engendrados en la tumba, laceran y destrozan y se alimentan de nuestra carne.

La materia perece; ¿pero acaso se extingue el principio vital que nos anima? ¿Quién puede afirmar con entera certeza que el espíritu una vez purificado no conserva algo siquiera de sus pasadas afecciones?... Tópicos son éstos dignos de meditación; sin embargo, los estrechos límites del entendimiento no nos permiten llegar hasta las causas primeras; pero no importa: sin conocer la luz estudiábamos sus efectos; suponíamos las causas y no investiguemos sino sus grandiosos resultados.

No recuerdo con precisión dónde lo vi por vez primera, pero es lo cierto que nuestra amistad se hizo cada vez más íntima cuando estudiábamos en la Universidad de Worcester. Bajo aquellos vetustos muros de piedra permanecimos durante cuatro años, hasta que a consecuencia de la muerte de mi padre nos separamos, pues yo tuve que ponerme al frente de los negocios de la familia.

Jorge Simpson, era este el nombre de mi amigo, fue uno de aquellos seres melancólicos, de temperamento linfático, amante de la soledad, y para quienes el mayor placer estriba en meditar forjando escenas caprichosas y mundos imposibles. Me parece que aún le veo cuando en el vasto salón de estudios apartaba la vista del libro, sepultaba la cabeza entre las manos y así permanecía hasta que la campana, con su monótono tañido, que jamás olvidaré, anunciaba que había terminado el estudio.

Jorge poseía una de aquellas fisonomías que no se olvidan jamás: sus ojos eran azules y profundos, su tez pálida, sus cabellos rubios y finos, que siempre usaba muy largos, su nariz

afilada y sus labios delgados y descoloridos. ¡Cómo pensar, cuando por la tarde nos paseábamos al pie de los grises paredones del patio de las recreaciones que su vida, delicada entonces como el tallo de las rosas marchitas, habría de terminar de una manera tan trágica!

— Cuando entré a la Universidad no conocía a nadie: durante la primera recreación permanecí solo y abatido, pensando en mi familia, que acababa de abandonar. ¡Pobre madre mía! con cuánta tristeza recordaba entonces sus últimas palabras cuando nos internamos en la alameda de sauces que conduce al camino; se me presentaban a la vista las lágrimas de mis hermanas cuando les dije ¡adiós! Veía a Nelly, mi hermana menor, presentarme una relojera bordada por ella, cuando la estreché entre mis brazos, en el momento de la despedida; recordaba los consejos de mi padre quien me había acompañado hasta la estación cuando al subir al tren “estudia —me dijo— y recuerda que a mi muerte tu serás el sostén de la familia”.

¡Qué hermoso se me hacía entonces el paisaje que se divisaba desde la glorieta de mi aposento; qué perfumado el aire de la mañana, cuando salía a ver ordeñar las vacas acompañado de mi fiel Jack que se divertía en perseguir los pavos y las gallinas: qué hermosas, cuán apacibles esas veladas en que a la amortiguada luz de la lámpara, mi padre, con los anteojos calados, leía los periódicos de la ciudad, mis hermanas bordaban, Nelly estudiaba su lección de piano, mi madre enseñaba las primeras letras a mi hermanito Herbert, y el perro dormitaba sobre la vieja alfombra! ¡Y luego los domingos, cuando todos nosotros, con los trajes de fiesta, marchábamos al pueblo a los oficios y a oír el sermón del Reverendo Warton...si me parecía verlos!

Y ahora...solo, abandonado entre una turba de estudiantes desconocidos que me lanzaban miradas curiosas al verme sentado en el umbral de una puerta, con la cabeza entre las manos y la mirada perdida, como la de un idiota... ¡Qué doloroso es el retorno del país de los sueños!

Ya pensaba en el martirio que me esperaba al permanecer prisionero entre aquellos paredones sin tener con quien evocar los gratos recuerdos de la familia, cuando vi, en el extremo de la galería un joven de largos cabellos rubios, de ojos azules y de tez sumamente pálida, que, sentado en una banqueta, leía con grande atención un libro.

Absorto quedé contemplándolo: yo creía haber visto aquellas mismas facciones en alguna parte... ¿Creía reconocer en ellas las de un antiguo amigo, pero en vano martiricé mi memoria, pues no pude saber si esas facciones las había contemplado en sueños o realmente, durante mi existencia.

Yo jamás había salido de mi pueblo y éste era tan reducido que si en él lo hubiese visto lo recordaría perfectamente, pero entonces, ¡Dios mío!, si esa fisonomía la había soñado, ¿cómo pudo permanecer oculta en lo más hondo del recuerdo y brotar luego tan real y tan distinta como al contacto de la sustancia química la imagen en la plancha fotográfica? En vano recordaba los pequeños incidentes de mi vida; jamás tuve ocasión de observar esas facciones demacradas y exangües que me recordaban las doradas miniaturas que decoraban la sacristía de mi pobre capilla; sus perfiles, sin embargo brotaban en mi memoria con luz vivísima, pero que no alcanzaban a traspasar los verdaderos límites del recuerdo.

Extraña analogía con algún celaje entrevisto... las notas perdidas de alguna música religiosa escuchada por mí años atrás... quién puede decirlo? quizá fueron la causa de aquella súbita iluminación interior, en que a la realidad tangible se mezclaba algo de los indistintos fenómenos del sueño.

El recuerdo ...¿quién jamás ha podido definirlo? ¿a qué extrañas leyes obedece? ¿quién en minutos de melancolía tierna y ligera, no ha encontrado en su fondo el perfil de una mujer amada? ¿quién de entre las hojas mustias de una rosa marchita, guardada tal vez como recuerdo de una amorosa confidencia, no ha sentido renacer, al contemplarla, algo como el perfume de la mujer a quien se hubiese amado?

Una fuerza imperiosa me empujaba hacia él.

—¿Qué lees?— le pregunté tuteándolo como lo hubiera hecho con un viejo amigo.

Levantó los ojos, clavó en los míos su profunda mirada y me extendió el libro; eran las poesías de Byron.

—¡Bonitos versos!— exclamé —¿te molestaría leer en voz alta?
—Siéntate— me dijo. Y comenzó a leer en voz cadenciosa y apagada la tragedia titulada *Warner*.

Esta primera entrevista fue la base de una tierna amistad; desde entonces estudiábamos juntos, en las recreaciones leíamos, exceptuando la de la tarde, que destinamos a conversar; en pocos días llegué a conocer el aparente carácter de Jorge Simpson como si fuese el amigo de su infancia, y estaba instruido en sus secretos de familia como lo estaría si hubiese sido su hermano.

Sin embargo, mi amigo tenía cosas incomprensibles, y que francamente me asustaban. Recuerdo una tarde en que, como de costumbre, nos paseábamos a lo largo de una estrecha galería que se perdía allá a lo lejos en la oscuridad; el sol se ocultaba y todo estaba bañado en una media luz triste y dudosa; era el mes de mayo; las negras golondrinas sesgaban a lo largo de los muros. Conversábamos... no sé de qué, de pronto se detuvo; sus miembros tomaron una rigidez paraliaciaca, su cuello se torció, sus facciones se tornaron lívidas y su mirada, con insistencia aterradora, se clavó en el celaje brumoso que desprendía sobre las pizarras del tejado gruesas gotas de lluvia; yo me asusté y le sacudí de un brazo; entonces volvió en sí.

—¿Estás enfermo?—. Le pregunté.

—No,— me contestó algún tanto emocionado —creía ver a mi madre; esto me sucede con frecuencia, sabes?...qué será, oh?... Hace cuatro noches me llamó con voz tan clara que desperté creyéndola a mi lado; en efecto, cuando abrí los ojos la vi a la orilla del lecho, pero a medida que me fijaba en esas facciones para mi tan queridas, el fantasma se evaporaba, hasta que al fin se extinguió por completo...

Estas palabras, de sentido tan enigmático como extravagante, me aterraron; sin embargo, corrieron varios meses sin que mi amigo contéplase la fatal aparición.

Una mañana en que, como de costumbre, íbamos en comunidad al salón de baño, observé a mi amigo más meditabundo y más retraído que siempre; yo no se qué de extraño se retrataba en su semblante; vi en él los rastros de una aparición o de una dolorosa pesadilla. ¿Cómo lo adiviné?... no puedo explicarlo; pero sería lo particular que así no hubiese acontecido.

—¿Qué tienes?— le pregunté al oído. —¿Has visto algo?

—Después lo sabrás todo— me contestó.

En la primera recreación me tomó del brazo y me llevó a un ángulo solitario.

—Tú eres la única persona en el mundo que me quiere,— me dijo —murieron mis padres y hoy no tengo a nadie que se interese por mí.

—¿Y tu tío John, no te quiere?— exclamé admirado.

—¡Ah, no! tú eres el único, y te lo agradezco, créemelo: por eso te quiero tanto... Cuando pienso que bien puede suceder que salgas tu primero de la Universidad, no se qué siento: se me oprime el corazón: ¿qué haría yo entonces? Porque tú eres mi amigo, te haré la confidencia de cosas que quisiera olvidar para siempre; yo no soy loco, aún cuando mi razón pueda tener semejanza con ese peñasco de que habla Ptolomeo Hephestion, que resistía a los embates de violencia humana, pero temblaba al contacto de la flor llamada Asphadel.

—Sabrás que desde niño la moribunda luz de la luna ejerció sobre mi sistema nervioso una influencia extraordinaria; recuerdo que esas noches tranquilas y vaporosas salía a la puerta de la casa, y allí, sentado al borde del camino que se perdía a lo lejos como una cinta de mármol, dejaba volar el pensamiento, un pensamiento forzado y maldiciente, hasta que los pasos de algún nocturno caminante o las voces de mi madre me arrancaban de la meditación. ¿En qué desorden de ideas se complacía mi espíritu durante esos éxtasis, después de los

cuales quedaba débil y fatigado?... no sé decírtelo; lo cierto es que poco a poco se inculó en mi corazón el veneno de la hipocondría, la vida llegó a hacerme un fardo superior a mis fuerzas; fue entonces cuando adquirí la firme convicción de que inevitablemente habría de morir asesinado... en una noche de luna... entiendes? asesinado, asesinado! es decir, cubierto de sangre...

—No seas tonto— le interrumpí.

—El peligro existe aquí, allá, en todas partes,— añadió con voz que indicaba una violenta crisis; —pero no puedo conjurarlo, porque el futuro es incomprendible. Anoche desperté; ella...ella! había pronunciado mi nombre; estaba excitado, nervioso, temía lo desconocido y al mismo tiempo lo comprendía, lo adivinaba; un rayo de luna, filtrándose al través de una grieta de la claraboya saturaba el ambiente de una misteriosa claridad; difundido en ese transparente rayo de luz podía estar su espíritu...si! Allí estaba mi madre, te lo juro, pálida, amarilla, cerosa, como el día en que la enterraron; tenía el pecho descubierto y una como sangre... pero no, no era sangre; era una cosa que no recuerdo, ligeramente teñida de colorado, manaba de una herida fresca, de labios blancos, abiertos... El fantasma desapareció; pero no completamente, pues aún cuando dejó de ser visible, siempre quedó flotando, mecándose en el espacio, diluido en el crepúsculo del dormitorio; el rayo de luna continuaba allá, inmóvil, desesperante; al momento comprendí lo que necesariamente tenía que significar esa imagen del asesinato, esa herida de labios pálidos, abiertos, que parecían besarme desde allá con un contacto frío y húmedo... Esta ha sido la última revelación de mi destino.

II

Los días pasaban monótonos y uniformes, la nieve caía sin cesar, los altos paredones parecían más oscuros, más amenazadores que nunca; se diría que aquel frío destemplado que calaba los huesos, carcomía los envejecidos sillares del edificio, que se desmoronaba como si padeciesen de la lepra, en tanto que ese celaje eternamente plomizo inspiraba no sé qué

sentimientos melancólicos, que pasaban también, como las golondrinas, que huyendo del invierno veíamos en numerosas bandadas dirigirse hacia el mediodía.

¡Oh, la triste agonía de todo lo que muere! De la tarde que se disuelve y expira entre un celaje de invierno, del postrer adiós del moribundo que en las congojas de la muerte derrama su última lágrima y aprieta con las manos temblorosas el crucifijo de marfil en la cámara saturada ya de ácido fénico, del corazón enfermo que al través de los años aspira algo como el perfume de las flores secas en las memorias de un pasado feliz que huyó, para no volver nunca.

Una mañana el Rector de la Universidad me hizo conducir a su habitación. —Acabo de recibir carta de su familia,— me dijo en el tono seco que acostumbraba un sobre enlutado. —Su padre está bastante enfermo, y desea verlo; partirá usted inmediatamente; tome esta papeleta y suba a arreglar sus cosas.

—¿Necesita dinero?— añadió metiendo la mano en el bolsillo de su levitón.

—Sí, señor.

—Tome veinte chelines que apuntaré en su cuenta.

Luego, dándome un tirón de orejas,

—¡Buen viaje! —exclamó— siento que no termine sus estudios —y me volvió la espalda.

Salí de la habitación con el pecho oprimido; mi padre estaba enfermo.

De pronto una idea negra, terrible, confusa al principio, después clara y evidente, brotó en mi cerebro; idea que me taladraba las sienas, sin duda sugestionada por el mismo demonio: ¡mi padre había muerto!... ¿Cómo lo adiviné? Imposible es averiguarlo.

A los pocos minutos estaba arreglada mi maleta; tenía que recorrer cerca de una milla a pie para llegar a Worcester, donde tomaría el tren de las 9 y 30 que debía dejarme en Witsal.

Antes de partir tenía que cumplir con un deber sagrado: despedirme de Jorge; me acerqué a la puerta del salón de estudios y le hice un señal; al momento salió. ¡Cómo lo recuer-

do! La mañana estaba fría y lluviosa, nos detuvimos en un ángulo del pasadizo, donde nadie nos veía.

—Me voy, Jorge!— dije con voz que el dolor hacía temblorosa.

—Te vas!...— exclamó mi amigo cruzando las manos y clavando en las mías sus espantados ojos.

—¡Me voy, me voy!— contesté presa de angustia indescriptible. —Acabo de saber que mi padre ha muerto; pero... mira, ¡pronto volveré a verte, —exclamé abrazándolo—; además siempre soy tu hermano, acuérdate de eso!

—Y ahora... ¡qué hago yo aquí solo! Ay! Dios mío— gritó levantando los brazos. —Por qué te has apartado y no haces caso ya de mis súplicas, ni de mis tribulaciones?

—¡Jorge, adiós!— exclamé haciendo un esfuerzo sobrehumano—; luego, estrechándolo contra mi corazón, tomé rápidamente el camino de la puerta.

Antes de salir quise ver a Jorge, mi hermano, por la última vez; en el ángulo oscuro del pasadizo, alcancé a distinguir algo como una silueta humana; se me antojó que era el espectro de mi padre... Aterrorizado salí fuera; el camino, cubierto de fango y nieve se perdía en la llanura, encerrado entre dos filas de troncos altos, desnudos, que inclinaban al suelo sus ramas moribundas; en aquel momento la campana del colegio sonó con un tañido lúgubre, funerario... Me pareció que era el genio del invierno quien, agarrado a la cuerda, deba aquellos tristísimos toques que, como gritos de angustia, se extendieron por la campiña desolada.

III

Los años han pasado, dos años largos, dolorosos, de lucha incesante con la suerte, que se empeñaba en destruir el patrimonio de la familia. La desgracia, como un murciélago gigantesco batía sus alas sobre nuestras cabezas y emponzoñaba el aire que respirábamos.

Una mañana el viejo sirviente subió a mi habitación y me entregó una tarjeta, pequeña y delicada como la de una mujer aristócrata: "George Simpson", decía; al punto bajé la escalera:

allí estaba, mas sombrío que nunca; no sé que pensé cuando lo vi; recuerdo tan solo que esa fisonomía me causó una impresión extraña; creía haberla visto cuando niño, en alguna parte... pero dónde?... jamás podré saberlo, oh, jamás!

—Vengo a despedirme—, me dijo con frialdad.

—Te vas, y para dónde?

—Para la India.

—¡A la India! ¿y a hacer qué?— exclamé asombrado.

—A batirme contra las tribus rebeldes del sudeste; ya estoy alistado; la expedición saldrá pasado mañana de Porsmouth.

—¿Tú, Jorge? Te vas a batir... jamás lo hubiera pensado.

—¿Y de qué te admiras? El carácter, como la materia, puede experimentar en un minuto cambios radicales; cuánto más si pasan los años, y al pasar depositan aquí en el pecho un aluvión que pesa mucho...mucho! ¿Acaso quien es bueno cuando niño, bueno tiene que morir, o quien melancólico, melancólico ha de ser toda la vida? ¿Quién conoce los misterios de la voluntad en su vigor? Ah! no; a mí los sufrimientos al clavarse en mi alma como agudas espinas me han tornado en bárbaro y duro, me embriagaría con el olor salitroso de la sangre, como otros con el vino; por otra parte como yo he de morir asesinado... qué quieres? De tanto pensar en esto me he acostumbrado a ver la carne destrozada.

Yo no sé: pero me pareció que el hombre que me hablaba no era el mismo que tantas veces había escuchado y cuyo recuerdo, querido para mí como el del mejor de mis amigos, me acompañaba siempre; tanto había cambiado desde la última entrevista! Cierto era, —como él decía— que el carácter, tanto como la materia, pueden experimentar en un minuto cambios radicales, cuánto más si pasan los años y al pasar depositan en el pecho el aluvión de la desgracia!

Dos días después, en pie sobre el malecón de Porsmouth, veía alejarse un vapor que se dirigía mar adentro, balanceándose sobre las oscuras aguas del puerto; en el muelle había una numerosa concurrencia; viejos que batían sus pañuelos y balbuceaban palabras ininteligibles, madres afligidas, muchachas que secaban una lágrima furtiva con el reverso de la mano;

allá, sobre cubierta, se divisaba la tripulación; cada soldado con la vista fija en el muelle buscaba la persona querida para darle el último adiós, para enviarle con la mano el postrer beso; solamente un joven, cruzados los brazos sobre la barandilla de estribor, vestido con la blusa azul y los pantalones rojos del ejército, no se preocupaba de volver la vista hacia el puerto: era Jorge Simpson, a quien ya mi amistad le era indiferente!

Poco a poco los contornos del vapor se hicieron más borrosos, las siluetas más indecisas; ya no se escuchaban los gritos de la tripulación y apenas se oía el lejano pitar de la máquina, lentamente el buque se convirtió en un punto negro, visible solo para aquellos que desde el principio lo habían seguido en su rápida marcha.

Entonces sentí una tristeza profunda, inusitada, como sólo la había experimentado dentro de los oscuros paredones de la Universidad, en mis ratos de desesperación; creí que estaba yo en ella solo, abandonado, durante los días en que la nieve caía sin cesar y los negros sillares se desmoronaban como si padeciesen de lepra, en que ese celaje eternamente plomizo inspiraba no sé qué sentimientos melancólicos que pasaban también, como las golondrinas que huyendo del invierno veíamos en numerosas bandadas dirigirse hacia el mediodía. Verdaderamente algo de mi propio ser había desaparecido con ese hombre a quien estaba unido por misteriosos vínculos y que ni aún se acordaba de mí en el momento de la despedida.

IV

Madras, Agosto... de 189...

Mi querido:

No se por qué te escribo, ni aun siquiera si esta carta llegará, a tus manos. ¿Sabes?... estoy triste; la negra, la invencible, la profunda melancolía del pasado me domina y en medio de esta naturaleza tropical, toda luz, toda fuego, en donde las palmas recortan sus agudas hojas verdes contra un cielo eternamente azul, me siento como una flor del norte trasplantada a la arena del desierto. Pero esto me conviene; aquí se siente

fuerte, aquí el hervor de la sangre ahoga el grito de la hipocondría, y este sol de plomo que desprende sobre los campos agostados o sobre los arrozales de un tinte ligeramente pálido su llovizna candente, casi ha llegado a borrar en mí el recuerdo del otro, del otro sol apagado y brumoso de los tiempos de la Universidad... ¿Te acuerdas?

Ahora mismo, mientras me dedico a escribirte, rodeado del extravagante mobiliario que adorna el destruido palacio, residencia en otros tiempos de un noble malabar, hoy asiento de la guarnición, y oigo, en el silencio de la noche, los suspiros del viento y el tintinear del agua al caer en el tazón de piedra, al sentirme solo, predispuesto al recuerdo, al examen sincero de mis afecciones mientras que por la ventana entreabierta hasta mí llega el erótico perfume de los naranjos florecidos, no puedo menos de preguntarme cuál sea el verdadero objeto de mi vida, la fuerza que me empuje adelante, como la hélice al navío. Recuerdo haber visto en alguna parte un cuadro, imagen verdadera de la desolación: una llanura sin límites; cae la noche entre un celaje de cobre y el viento de agua inclina los gajos de los arbustos moribundos; como única nota de vida, un viajero extraviado seguramente, sigue un rastro al través de la muerta campiña, jadeante bajo el peso de su carga. ¡Cuánto de simbólico encierra esta pintura! ¡Cuántos hombres pueden ver la historia de su vida en aquel pequeño cuadro, triste como una elegía, reconocerse en el desamparado caminante que cruza la estopa mientras la nubes se arremolinan en lo alto!

Yo soy como ese caminante: crecido al igual de los hondos silvestres, en el áspero sendero por donde me ha tocado en suerte seguir la gran jornada, he ido dejando aquí una ilusión, mas allá una creencia, y ha llegado el momento en que me aterro, al volver la vista hacia atrás, el pensamiento perturbador de que mi vida ha sido una vida estéril; y sin embargo, saboreo el acre placer de conservarme intacto, de guardar todavía, a pesar del desastre, como una flor entre batistas apolladas, la aspiración hacia la eterna *margherita* que el Dante descubría en el fondo de las más lejanas constelaciones... Pero,

¿te lo he confesado? Ignoro si dominado por un resto de singular delicadeza, jamás, créemelo, he dado forma a ese ideal intangible que, como en un relicario, llevo dentro de mí: sería imposible: ¿quién puede aprisionar un rayo de luna, quién condensa el perfume de las cosas viejas, guardadas en el antiguo *secretaire* como jirones del pasado? Y es que estoy seguro de que el amor me redimiría de mí mismo; a pesar de todo, soy un apasionado; siento que el germen de los amores eternos late y palpita con mi sangre, y la nostalgia de la mujer, te lo confieso, me atrae, me subyuga, me domina. Hace algunas noches al preguntarle a la hija del Cónsul inglés si en algún tiempo había pensado en el amor, “No —me dijo. No he encontrado todavía un hombre que me comprenda”; es mi caso: jamás quizá encontraré una mujer que penetre hasta el fondo de mi alma, que haga la luz en el caos que me rodea; es más, convencido estoy de que la muerte me estrechará entre sus brazos sin que pueda dar forma al ideal que me domina, creado como en el éxtasis de un sueño de éter; sin embargo, ¡ella existe! pero ¿en dónde, Dios mío, en dónde?...

¡Ah! bien sé que la vida no se vive sino una sola vez; que con su cortejo de lágrimas ella durará lo que en el espacio la vibración de una cuerda armónica, o lo que las notas de una serenata ambulante, cuyos plañideros acordes vienen, pasan... y se debilitan uno a uno, a lo lejos, en el silencio de la media noche; lo que no encontramos hoy, dónde encontrarlo? la energía perdida, dónde se reintegra? ¿si la muerte estampa sobre nuestros labios su frío beso antes que la mujer adorada... horror! horror! nunca, jamás ese beso podrá recuperarse. ¿Comprendes, mides el infinito alcance de la palabra nunca?

¡La muerte! la completa disolución, bien de la materia en la madre tierra húmeda, o del fluido que nos anima en el nirvana del espíritu, he aquí, triste es decirlo, el único bien positivo que conocemos, puesto que es el *finis* a la tragedia o al sainete de la vida; de aquí nace mi ignorancia sobre si mejor sea apagar la sed en el vino de Chipre que en el agua de una charca: ante la imposible naturaleza ningún placer es estable, ningún dolor eterno; mi ideal, vivirá por fortuna solamente lo que una flor colocada entre los huesos de un cráneo.

Comprenderías mejor mi confidencia si vieras cómo la luna llena de verano baña en este instante los naranjos y los almendros del vasto jardín en su trágica luz amortecida...

Pero noto que esta carta es mi confesión; es la una de la madrugada y me siento desfallecer: ¡qué abandonado me siento en el mundo, qué frío me rodea, compadéceme!

Escribe largo, muy largo.

¡Adiós!

George.

V

Pasaron los años; las tribus rebeldes de la India fueron sometidas, los ausentes retornaron para bien de sus padres y de sus novias con la piel bronceada por el sol de los trópicos, y contando cosas maravillosas del país desconocido; todos, todos volvieron menos él.

Una noche —era el mes de junio—, estaba yo en la glorieta de mi aposento; era una de esas noches, desesperantes, en que la brisa gime y suspira entre las hojas con los acordes profundos de un *miserere* de penitencia, en que nuestra imaginación comprende lo desconocido y vislumbra lo incomprendible, en que la materia se humilla al pensamiento que, despojado de toda vestidura carnal, se confunde con el infinito y encuentra fácil lo que para el hombre es el misterio. Pensaba en él, recordaba la terrible influencia que sobre su sistema nervioso había ejercido siempre la luz de la luna, sentía lo que tantas veces había sentido; lo veía el día en que, con áspera voz me refería la última aparición de su madre; meditaba sobre su tenaz preocupación de que irremediablemente habría de morir asesinado, estaba absorto en estos pensamientos, digo, cuando he aquí que de repente oí pronunciar mi nombre en un lenguaje silencioso...

Entonces pensé que difundido en esa aparente luz podía estar su espíritu... ¡Sí! ¡Allí estaba mi amigo, lo juro! Pálido, amarillo, ceroso, mirándome con una mirada triste, melancólica, ay! que quisiera apartar para siempre de mis ojos; tenía el

pecho descubierto y una como sangre... pero no, no era sangre, era un licor que no recuerdo, ligeramente teñido de colorado, manaba de una herida fresca y profunda que rasgaba la piel a lo largo del pecho...

El fantasma desapareció; pero no completamente, pues aún cuando dejó de ser visible, siempre quedó flotando, meciéndose en el espacio, diluido en el ambiente luminoso...

La pradería, iluminada por la brumosa y amarillenta luz crepuscular de la luna menguante, se perdía en los profundos lineamentos del horizonte; los matorrales proyectaban su oblicua sombra sobre la hierba humedecida y los sauces inclinaban sus gajos enfermizos sobre las aguas del riachuelo, cuyo rumor intermitente se confundió con el silencio de la noche.

Al instante comprendí lo que necesariamente tenía que significar esa imagen del asesinato, esa herida de labios blancos, abiertos, que parecían besarme desde allá con un contacto frío y húmedo...

¿Fue alucinación?... no sé decirlo; lo cierto es que uno o dos meses después leía en un periódico cómo Jorge Simpson, teniente de la guarnición inglesa en la posesional del sudeste de la India, había sido asesinado en una noche del mes de junio por un individuo perteneciente a la tribu de los Kooras.

Reseñas